

Lizarza-2008

Premio Gregorio Ordóñez en su XIII edición a D^a Regina Otaola, Alcaldesa de Lizarza. En San Sebastián, viernes 25 de enero de 2008, a las 19,30, Hotel Londres.

Intervención de Carmen Iglesias

Querida Alcaldesa Regina Otaola, querida Ana, muy querido y admirado Jaime, queridos amigos todos:

De nuevo con vosotros, es para mí un honor participar en este acto en el que confluyen tantas personas admirables y queridas, bajo el recuerdo imborrable de Gregorio Ordóñez, ejemplo de valentía, lucidez, coherencia y libertad. Mi homenaje más sentido y mi afecto y solidaridad profunda a Ana, a su familia, a sus amigos, hoy aquí todos reunidos en torno a una mujer emblemática de todos esos valores que Gregorio Ordóñez nos enseñó con su vida y muerte: **Regina Otaola**.

Todos conocéis bien el coraje y las cualidades de Regina, de quien Jaime y Ana harán su semblanza mejor y más profundamente de lo que yo pueda expresar a través – eso sí- de mi admiración y afecto entrañable. Y desde luego, de mi agradecimiento. Gracias por tu valentía, Regina, por tu calidez y por tu firmeza, por tu lucidez y por la defensa que haces de la libertad de todos y cada uno de nosotros con tu comportamiento ejemplar.

Pues, por mi parte, tengo que repetir, como otras veces he hecho –en actos con el *Foro de Ermua*, con *Basta ya*, o con cualquier otro motivo por el que me hayáis convocado desde este sufrido y querido País Vasco-, que siempre he sentido como propia la resistencia que hacéis día a día, cotidianamente, los que vivís o habéis vivido en estas tierras vascas, defendiendo vuestra libertad, vuestra dignidad y vuestra vida, día a día, frente al miedo y al terror impuesto por ETA. Un terror consentido por un entramado socio-político que no os ha protegido suficientemente y que, por interés o por miedo, o por ambas cosas, incluso le ha resultado rentable políticamente; siempre recordaremos para la historia de la infamia lo de “recoger las nueces” mientras otros mueven el árbol. Por todo ello, decía que siempre he sentido que esa resistencia, esa defensa de vuestra libertad, era la defensa y la resistencia de todos y cada uno de los ciudadanos españoles y demócratas, dondequiera que estuviésemos, y que **estar a vuestro lado era defender nuestra propia vida, nuestras propias e individuales libertades**. Como también he dicho en otras ocasiones, sé bien, como historiadora y como ciudadana, que la pérdida de libertad y de la vida de los que tenemos cerca por la mano asesina de un poder terrorista contamina antes o después a todo el conjunto del país, si no se ataja a tiempo, y nos toca a todos, salvo quizás a los *cómplices* –y no siempre- de los que mueven el árbol. Como el nazismo o el estalinismo, la maldad y el ansia de poder de los terroristas no tiene límites.

Como anteayer decía en el Congreso de Víctimas del Terrorismo en Madrid –y permitidme recordarlo de nuevo-, todo terrorismo es por definición totalitario y el de ETA lo es explícitamente. Se basa en el principio nazi y estalinista de la aniquilación violenta del *otro*, de la manipulación sin escrúpulos de los seres humanos para convertirlos en esclavos sumisos o en cadáveres –la “paz de los cementerios” es la utopía totalitaria-; se basa en el principio totalitario de la rentabilidad de la violencia.

Vosotros, los resistentes; vosotros, Regina, Ana, Jaime, todos vosotros, sois la barrera principal y valiente frente a ese arrasamiento totalitario. Un proyecto totalitario que permanece como un cáncer para la democracia porque ha tenido un entorno social y político alrededor cobarde e interesado: de nuevo “la recogida de nueces”. Pero no sólo. Como escribió muy bien Aurelio Arteta en el nº 3 de la revista del Foro de Ermua – cuando la presentamos en su día en el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales-, ha existido –y existe- en la sociedad vasca y se ha extendido asimismo por otros segmentos de la sociedad española, un *trastorno moral colectivo, una perversión moral*, que ha mirado para otro lado para no reconocer a las víctimas, que incluso ha justificado la extorsión y el crimen en función de supuestos *finés colectivos* en nombre de la tribu para así exonerarse de toda responsabilidad individual frente a lo que estaba pasando. (*El mundo del “algo habrán hecho”, el mundo del “ya lo siento, eh!”*, *el mundo que no concibe que no se sea otra cosa que nacionalista*). El mundo que crea un sistema demencial en torno a una mentira y un mito sobre supuestos orígenes pasados y sobre posibles futuros utópicos paradisíacos..., eso sí, cuando desaparezcan todos los que no están de acuerdo. Cuando en realidad lo que se encubre es una lucha por el poder y por la dominación. Un poder y una dominación total, que no deja resquicios de libertad individual, pero que resulta rentable para los que obedecen y callan. Eso es el totalitarismo.

Pero si todos los terrorismos son iguales en su totalitarismo, en sus medios violentos y en sus fines de dominación absoluta, nuestra responsabilidad como ciudadanos –y desde luego la de los gobernantes- son más graves en ciertas circunstancias que en otras, como también han señalado varios de los resistentes: de nuevo, Arteta, Savater, Rosa Díez, Maite Pagaza, María San Gil, Jaime, tantos de vosotros. Son más graves en el sentido de que, para cierto tipo de terrorismo como el que se encubre –tal el caso de ETA- con pretensiones ideológicas “izquierdistas” y nacionalistas, una parte de la sociedad y de los gobiernos y políticos se hace a veces *cómplice, al condenar solamente los medios –la violencia- y no los fines –la exclusión y dominación del otro-*. Pero resulta que medios y fines son igualmente totalitarios, excluyentes y aniquiladores.

Hanna Arendt, Safranski, Todorov, entre otros, no han dejado de recordarnos que Hitler fue posible por una ruptura de todo un universo moral; por el silencio u omisión de los demás ante el atropello al grupo previamente estigmatizado; por la tolerancia con los intolerantes a los que por miedo o a veces por relativismo moral confortable, no se les aplicó la ley cuando todavía podía aplicárseles. A la **intimidación creciente** de estos grupos totalitarios, no se les detuvo en cada paso, con el que tanteaban hasta donde podían llegar. La historia nos ha demostrado –y vosotros lo estáis viviendo- que, partiendo de sistemas de mentiras demenciales y de individuos enloquecidos, la realidad puede convertirse en una pesadilla. Y se convierte, ocurre. Los sistemas delirantes atrapan a individuos y colectividades para llevar adelante, con lógica implacable, unas determinadas metas o fines que, por lo demás, han ido exponiendo **con total desinhibición, en ese proceso de intimidación creciente, con un cinismo y perversión del lenguaje** que causan estupor: “proceso de paz”, por ejemplo.

(“Proceso de paz” lleva implícita la idea de guerra, de dos bandos enfrentados, pero ni en el País Vasco ni en el resto de España hay ninguna guerra; hay solamente un grupo terrorista que asesina a ciudadanos indefensos. Me pregunto como historiadora y ciudadana –y disculpadme por este paréntesis de reflexión histórica- si el interés por

querer definir como “guerra civil” algo que es puramente terrorista tiene indirectamente algo que ver con la manipulación política de la tragedia de la guerra civil de 1936 bajo la llamada “memoria histórica”, sobre la que historiadores de distintas tendencias (Varela Ortega, Santos Juliá, Fusi, Morales, etc.) nos hemos manifestado una y otra vez y no es aquí del caso repetir los argumentos. Estamos lamentablemente viviendo estos tres últimos años con esa interesada proyección política de “guerra civil”, que incluso ahora intenta abarcar –en este año de bicentenario de 1808- a la propia “guerra de la independencia” frente a la invasión de las tropas napoleónicas, de forma similar a como hace unos años se intenta desde foros nacionalistas insistir en la guerra de Sucesión de 1700 también como guerra civil y no como lo que fue primordialmente: una guerra dinástica característica del Antiguo Régimen y una guerra por la hegemonía de las grandes potencias europeas en un momento de transformación. Pero resulta que la primera guerra civil entre españoles, con dos bandos armados enfrentados, fue desgraciadamente la primera guerra carlista en los años treinta del siglo XIX, no antes. Y por lo que respecta a 1808, decir que fue “guerra civil” es como si en la II guerra mundial, cuando Francia fue invadida por Alemania, se afirmara que fue una guerra civil entre franceses. Otra cosa es que haya resistentes y colaboracionistas en mayor o menor grado entre los nacionales de un país invadido, pero evidentemente eso no es lo que entendemos modernamente por guerra civil. No nos confundamos ni dejemos que nos confundan).

El terrorismo, el totalitarismo es peligroso porque pocas personas lo desafían, porque –como dijera Savater- hay pocos Gregorios Ordóñez. “Si en San Sebastián hubiera habido doscientos mil Gregorios Ordóñez, el terrorismo no hubiera podido acabar con ellos; se hubiera hecho menos peligroso. En cuanto hay una mayoría de gente capaz de comportarse como si el terrorismo no existiera, entonces el terrorismo deja de tener vigencia y fuerza”. Conductas ejemplares como la de Regina multiplican la posibilidad de que esa mayoría no sea silenciosa, de que los resistentes no seáis héroes solitarios y abandonados, de que muchos otros podamos algún día –cuando la pesadilla acabe- decir “yo estuve allí”, con los que había que estar. Con los que habéis combatido el fanatismo y la fe autoritaria; los que habéis sido capaces de presentar otro mundo con sentido moral, de recuperar conceptos morales y políticos como el de la *libertad individual*, incluso hasta el del heroísmo individual –sin alharacas y de forma natural, sin querer pretenderlo pero ejerciendo con firmeza vuestros derechos constitucionales de ciudadanos libres e iguales-. La libertad –decía Rousseau- es un jugo potente de fuerte digestión; se necesitan personas fuertes moralmente para ejercerla.

Y por todo ello, la cuestión principal no es de arrepentimientos y perdones – asuntos que pertenecen a la conciencia de verdugos y víctimas-, sino de justicia para víctimas indefensas e inocentes, de justicia para ciudadanos que ejercen sus derechos constitucionales, y todos ellos están en total asimetría con la violencia criminal de los asesinos. Por ello, la exigencia de cumplimiento de penas, de la derrota de ETA sin paliativos, es fundamental. Como también se ha dicho más de una vez (decía Savater) y yo suscribiría: “sólo creo en un arrepentimiento: el de quienes fracasan. Los que ganan, no se arrepienten nunca; los que pierden, casi siempre (“el arrepentimiento les llegó a tantos nazis alemanes o austríacos tras la derrota de Hitler”).

Queridos amigos, querida Regina, gracias por vuestra coherencia, por vuestro valor, por vuestra resistencia heroica. Hombres y mujeres que os jugáis la vida y la tranquilidad. Pero, permitidme como historiadora destacar algo, ya que antes me he

referido al actual bicentenario del 2 de mayo y de la guerra de la Independencia y es la llamada de atención al protagonismo femenino que por primera vez nos encontramos en la historia con nombre y apellidos. Ahora también, en esta resistencia, nos encontramos con tantas mujeres vascas en primera fila... Permittedme destacarlo. Tantas mujeres que habéis dado rostro a los movimientos cívicos que conmovieron la dormida conciencia de tantos españoles. Tantas mujeres tan aparentemente frágiles y tan fuertes...: Ana Iríbar, Consuelo Ordóñez, Regina Otaola, María San Gil, Mari Mar Blanco, Maite Pagaza, Pilar Elias, Rosa Díez, Edurne Uriarte, Gotzone Mora, y muchas otras... Gracias a vuestra fortaleza y decisión. Gracias a todos vosotros, querido Jaime –nunca podré olvidar el antes y después de aquel día del asesinato de Miguel Ángel Blanco y de tu presencia educadora y clave en la televisión-; gracias a todos por vuestra resistencia y toda mi solidaridad y apoyo de todo corazón.

Muchas gracias.

C. Iglesias

(San Sebastián, 25 enero 2008)